

Anotaciones en torno al discurso islamista

JOSÉ ANTONIO DONCEL DOMÍNGUEZ*

El mundo islámico se ve inmerso de forma plena en la irrupción de un nuevo discurso, el islamista, cuya solidez podemos poner en cuestión, pero que sin duda y en principio está demostrando una enorme capacidad de seducción. Su talante y conducta beligerante suponen un reto muy fuerte a los poderes vigentes en el mundo musulmán, convirtiéndose sus postulados en privilegiados vehículos canalizadores de la protesta, al facilitar la expresión de las frustraciones y propiciar el cuestionamiento de la realidad.

Se trata el suyo, de un discurso que adquiere todo su sentido en la persistencia y continuidad que a lo largo de toda la historia del Islam ha tenido la importancia y trascendencia de la religión, así como sus fuertes imbricaciones con la política y el Estado, todo lo cual es aún hoy perceptible en unos pueblos que no han sufrido las profundas transformaciones que en Europa permitieron, con los siglos, la secularización definitiva de la sociedad.

A pesar de todo, gradualmente, y unida a la mundialización creciente de la economía capitalista a partir de la Segunda Guerra

Mundial, ha sido inevitable la expansión de las ideas y valores de Occidente — individualismo, secularización, democracia, progreso— en todas direcciones, los cuales están contribuyendo con energía a remover las mentes, originando importantes cambios y mutaciones. Sin embargo, este proceso, se ve encubierto y solapado por una pertinaz resistencia de los valores islámicos, ampliamente asumidos, tras siglos de presencia, por las masas musulmanas, que se configuran como un asidero ante la desesperación y los momentos de incertidumbre, generando aún hoy formas de comportamiento, relaciones y estructuras sociales y políticas, notablemente distanciadas de Occidente. Se confirma así el enorme potencial político y movilizador del Islam, derivado del hecho irrefutable de que para la mayoría de los musulmanes el factor religioso continúa siendo hoy la base de autoridad más aceptable, de hecho en tiempos de crisis, la única aceptable.

Y es que la fuerza adquirida por el movimiento islamista viene motivada en parte por su comportamiento como eje catalizador —*sui generis*— de la resistencia de lo anterior frente a lo nuevo, una pauta ésta, normal en todo proceso de cambio, en el que las nuevas realidades y valores usurpan su posición prominente a otros, hasta entonces dominantes. El discurso islámico se articulará así como una respuesta, como una reacción a las influencias y presiones externas, a los cambios operados en sus sociedades a partir de la irrupción en ellas de fuerzas exógenas, que por otra parte van a contribuir a modelar también sus propios principios ideológicos.

Un entramado de pensamiento es algo vivo, sensible a las consecuencias de las transformaciones sociales operadas en el contexto humano en el que se inserta. El discurso islamista, pues, será hijo de las modificaciones y alteraciones acontecidas en

las sociedades musulmanas y se verá directamente determinado por la época en que se desarrolla. Todo ello le aportará unas características específicas dentro de lo que es un discurso que permanecerá fiel a los valores clásicos de la historia del Islam.

Lejos de los postulados laicos sostenidos por gran parte de la intelectualidad araboislámica, los valores centrales del discurso islamista girarán en torno a la figura del Dios todopoderoso, al cual debe el hombre en general y la *umma* en particular rendida obediencia —no en vano *Islam*, en su sentido etimológico viene a significar *sumisión*—, que acapara todo principio de Soberanía, y cuya voluntad, expresada a través de la Ley Sagrada —*Sari'a*—, debe ser acatada sin objeción posible.

Pero el islamismo surge como una intensa reacción, de ahí que su discurso se articule en torno al antagonismo, adquiriendo realmente sentido a partir de la negación de determinadas realidades, principios e ideas, en este caso especialmente aquellas que proceden de Occidente. Es en este marco en el que estos autores ponen de relieve el fracaso del capitalismo occidental y del comunismo. Entre ambas opciones es evidente que —a su juicio— el Islam sería la solución.

Esta estructuración y disposición del discurso es un signo de dogmatismo y rigidez ideológicos. Nos hallamos ante un discurso excluyente, un pensamiento simple en el que se reivindicán unas ideas y unos principios como indiscutibles, mostrando, con inflexibilidad manifiesta, las consecuencias del rechazo de tales valores y realidades, y repudiando, en una negación tajante, todo aquello que quede al margen. Es el "yo o el diluvio" tan característico del discurso totalitario en general y del islamista en particular. Se nos pone en relación así con lo

que es un pensamiento inflexible, tendente a lo absoluto e incuestionable, inclinado a las fórmulas sencillas y aparentemente incontestables de fácil adopción y asunción por gran parte de la sociedad. Es manifiesta la incapacidad de asentar el discurso sobre lo positivamente ensalzado, careciendo de recursos suficientes para convencer sin necesidad alguna de apelar constantemente a los posibles *peligros* que entrañarían lo opuesto y lo contrario —con todo lo que de intimidación supone.

Otro rasgo esencial es la forma en que son manejados los conceptos claves islámicos en torno a los cuales se articula su discurso — Dios, Ley, Obediencia, *umma*, Soberanía divina, etc.—. Estos aparecen utilizados de tal forma que desde los sectores tradicionalistas se hablaría de frivolidad y ligereza. Para los islamistas una de las causas de la decadencia de los países del Islam reside precisamente en el hecho de que hoy ya no se entiende la predicación coránica como en un principio. Construir la sociedad ideal a la que aspiran, supone enfrentarse al Corán en su contexto, sin dar importancia a la tradición a la que consideran estancada. Al querer restituir el conjunto de connotaciones de los conceptos claves del Islam en la época en que fueron forjados, al revitalizarlos tras desembarazarlos de la envoltura mineral con que la tradición los había petrificado y reducido a lo meramente formal y teórico, los desclericalizan y actualizan, aplicándolos a la realidad presente, ajena al marco en el que fueron creados. Sin percibir el hecho de que las circunstancias, el ambiente y las sociedades donde nació el Islam se han visto transformadas radicalmente se sirven reiteradamente de ellos, sin más, modernizándolos, dotándoles de un alto contenido político, utilizándolos con ligereza y simpleza, sin que el recurso a abundantes citas coránicas —que interpretan a su antojo— consiga su objetivo de dotar de

consistencia y profundidad al entramado ideológico.

El pensamiento islamista recurre a los valores más asumidos del Islam, por lo general escasamente definidos, valores afines a las masas musulmanas, con los que están intensamente relacionados y positivamente familiarizados, con los que se identifican, que adaptan a su discurso en función de sus necesidades e intereses. En ese contexto habría que inscribir el recurso constante al pasado glorioso del Islam así como la exaltación de la civilización islámica como fuente de identidad. Junto a ello se apela a conceptos como el de Justicia, referente fundamental en unas sociedades en las que este concepto ha adquirido una acepción genérica, un significado vago e impreciso, lo que no evita que su atractivo sea enorme en el seno de unas masas que suelen entenderlo en su sentido más social. Este acento social, muy marcado en autores como Qutb o Jomeini responde sin duda al hecho ineludible de que su mensaje encuentra gran eco en las masas míseras y desarraigadas del Islam que con frecuencia hacen de la justicia social su principal aspiración.

Pero el islamismo en general va más allá e incorpora determinados valores, es el caso de Libertad, muy asumidos universalmente que con el tiempo han perdido buena parte de su significado y se han convertido en principios manidos e indefinidos, pero a la vez en referentes ineludibles en el mundo de hoy, en el que han adquirido un sentido general que hace difícil su recreación ideológica. Se trata de conceptos que carecen de sentido en el seno de la cultura islámica, ajenos como son al lenguaje político y tradicional del Islam, pues no en vano hemos de reconocer en ellos un préstamo, consecuencia de la indiscutible influencia del mismísimo y denigrado Occidente.

Al respecto cabe hacer referencia a la fuerte influencia de las ideologías revolucionarias y antiimperialistas generadas en Europa y más particularmente del socialismo, que es especialmente evidente en el discurso del Imam Jomeini, y que supondrá la asunción y uso de una terminología — *superpotencias, revolución, imperialismo, explotación, etc.*— que poco o nada tiene que ver con el Islam y sí con los populismos tercermundistas o los postulados del marxismo. Otro tanto debemos concluir respecto a la idea de Progreso, uno de los grandes ejes vertebradores del discurso islamista. Alguien puede objetar que tal valor no es ajeno al Islam, sin embargo la acepción que se le otorga desde el islamismo, sí lo es. El concepto de Progreso que manejan es plenamente occidental, así como el sentido de tiempo a él ligado. Opta, sin percatarse y de forma natural, por la noción de tiempo lineal y puramente cuantitativa propia del pensamiento moderno, frente a la concepción tradicional musulmana que es cíclica. De ahí la sensación de *retraso* del Islam respecto a Occidente que impregna el sentir de los musulmanes —y de los islamistas— como si ambos estuvieran enzarzados en una carrera cuya meta fuera el progreso.

Este concepto será, de esta manera, uno de los fundamentos nucleares en torno al cual se conformará *la fórmula mágica, el elixir de la vida* al que hace referencia el pensador islamista Abu al-Mawdudi, que tanta fuerza ha proporcionado a los islamistas entre las masas musulmanas: la conjunción de los principios de la religión y la civilización musulmana, tan arraigados en la comunidad de creyentes, con el progreso a través de la asunción de las aportaciones científicas de Occidente. En este sentido los islamistas reprochan al Islam tradicional su quietud pues no en vano sus miembros "*debieran haberse esforzado en persuadir a los musulmanes para que aceptaran y pusieran a su servicio el conocimiento práctico útil y los*

descubrimientos científicos que habían capacitado a las naciones occidentales a conseguir tan notable progreso. Y deberían haber intentado ajustar estos nuevos instrumentos de progreso, manteniéndose dentro de los principios del Islam en el sistema educacional y en la vida social de los musulmanes"⁽¹⁾.

Nos hallamos ante un intento, no de rechazar la modernidad por antiislámica, como es propio de los sectores tradicionalistas y que con frecuencia se achaca al islamismo desde Occidente, sino por el contrario de *islamizar* la modernidad, estando persuadidos como están de que el Islam puede aportar soluciones a los problemas del mundo contemporáneo mejor que el comunismo y el capitalismo. Confunden la vertiente material de la modernización con lo que en realidad es la modernidad, un espíritu crítico, una determinada concepción del mundo y de las cosas. Pretenden dominar la tecnología al tiempo que rechazan el pensamiento que la sustenta y que la originó. Sin embargo esto no es posible, porque su discurso adolece de una simpleza manifiesta, no se recrean los valores en profundidad y se carece de la necesaria solidez conceptual. Estamos ante un discurso pobre, aun cuando extremadamente atractivo. En realidad no son capaces de producir un pensamiento y una acción política compatibles con la modernidad o de inventar otra original y específica, de forma que caen en la vulgarización.

El suyo es un Islam que pretende ser *moderno*. Se presenta a sí mismo como una opción cristalina, purista y dinámica, que se cimienta en un nuevo marco singular dentro del Islam, estructurado en base a un monoteísmo radical y agresivo y un elegante hincapié en el valor supremo de la Ley sagrada —lejos del

⁽¹⁾ AL MAWDUDI, A.: Las naciones enfermas de la era moderna, Centro cultural islámico, Granada, 1979, pp.17-18.

Islam popular de supersticiones y santones, y del Islam oficial subyugado al poder, viciado y estático—, todo ello aderezado con una envoltura moderna de valores generados en Occidente —Libertad, Progreso— pero de amplio respaldo y asunción entre las masas musulmanas. Todos estos valores, viejos y nuevos se yuxtaponen exentos de reflexión, unos y otros son fusionados con atrevimiento, alegría e ingenuidad, en un proceso carente de una verdadera labor intelectual e ideológica seria y concienzuda.

A pesar de todo ello no cabe sorprenderse ante el vigor y la energía adquirida por el movimiento islamista. Cuando se profundiza en su discurso, comprendemos que tras su mensaje se esconden fórmulas muy atractivas, demandas y aspiraciones justas, que envueltas en el *ropaje divino*, explican la expansión y vigor que determinadas propuestas y organizaciones han adquirido en el seno del mundo musulmán. Otra cuestión es el grado de solidez y consistencia de dichas propuestas y por tanto si pueden llegar a ser una solución real a los problemas de esos pueblos, lo que como estamos poniendo de manifiesto, no son en modo alguno. Es evidente pues, que la fuerza se la concede el contexto en que se desarrollan, determinado por el desarraigo y la miseria, matizado por la crisis y el cambio, que confiere a sus postulados un innegable atractivo, en particular entre los amplios sectores de la población azotados por la incertidumbre y la pobreza, convertidos en la vorágine del mundo de hoy, en insaciables demandantes de ideologías.